

trativa más evidente es la vuelta al soneto clásico; puede contar a Blanca Luz Brum entre los poetas que no se malograron por las exigencias de una moda que, a fuer de tal, tenía necesariamente que ser efímera y sin trascendencia. Su personalidad se salvó del ambiente atrabiliario de los poetas que fueron jóvenes hace 15 años, y que imaginaron, tentados por una falsa vocación de innovadores, que para «quedar» en la literatura de un país era indispensable la originalidad indiscutida, aunque para alcanzarla hubiesen de recurrir al disparate, y a la majadería. Eso va pasando, felizmente, y no serán muchos los que se salven del olvido.

Voz lírica muy femenina en su fuerza de evocación y su sensibilidad, la autora de estos cantos tiene ya conseguido un puesto de justa preeminencia en la poesía de América.—C. P. S.

<https://doi.org/10.29393/At167-107JMNT10107>

NAUFRAGIO EN LA TIERRA, por *Arturo Cambours Ocampo*.—  
El Ateneo, Buenos Aires.

En la lírica americana, Cambours Ocampo tiene labrado su surco y bien señalado su pendón. Desde 1929 en que publicó su *Reloj de la hora bailarina*, hasta 1937 en que estrenó en el Teatro Moderno de Buenos Aires su drama *Paralelo 28*, varios libros suyos han ido dando a conocer sus poemas (*Mucho Cielo*, *Sur Atlántico*, *Suburbio Mío*), sus críticas (*Novísima Poesía Argentina*) y sus obras teatrales (*Rumba de Muerte*, *Max Maravilla del Mundo*). Ahora nos hace llegar este poemario en cuya portadilla se alzan—como dos manos en dádiva—los maravillosos versos de esta Dedicatoria:

«¿Recuerdas aquella vez que te dije  
que había palabras que no podían pronunciarse,  
pero que estaban en nuestra sangre  
y corrían por nuestras venas, desesperadamente,  
intentando salir?

Aquí están ahora.  
Escucha estas palabras que han estado en mi sangre  
y en el centro de mis venas».

«*Naufragio en la Tierra*» es el título del primero de los poemas en que el poeta narra la pérdida de su infancia con sus temores y su cauta inocencia:

«... El miedo de aquel niño cruzando por aire,  
se convirtió una noche en la fruta de un beso.  
(Todo lo que pudieran decir mis manos trémulas,  
se lo callan la voz, la manzana y la luna).  
Marinero en las costas de un mar de fantasía,  
me sorprendió la dulce tormenta de aquel beso.  
Se fué a pique la infancia perfumada de flores.  
Así naufragó, amigos, mi temor a la noche».

Trozos son estos de una obra de mayor envergadura que el poeta piensa realizar y que sería una especie de mapa de su infancia, una gran carta marina de esos continentes y esas costas lejanas que a muy pocos es dado reexplorar, incursionando o sumergiéndose en la penumbra del Inconsciente misterioso. Algo de eso hemos bosquejado—en prosa—nosotros en nuestra novela psicoanalítica «*Oreste y Yo*» que ha de aparecer pronto bajo el signo de *Nascimento*. Es una labor dura y difícil. Los «surrealistas» lo intentaron y más de una vez lograron aproximaciones realmente sorprendentes. Cambours Ocampo parece caminar por rutas semejantes como lo muestran esos «Diálogos»: uno con T. S. Elliot, otro con Paul Elouard y el tercero con «un día de mi vida».

«... Morimos ahora con un poco de paciencia.  
Morimos en el tumulto de las palabras,  
en los recuerdos y en el campo sin cruces.

Pero ni tú ni yo—amigo—  
seremos capaces de salvar al sueño de la muerte.  
Compartir en la sombra  
esta pequeña dicha de saberse sin fuerzas,  
es un resucitar ausencias en la noche.  
Una mujer se despeinó la cabellera y asiéndola,  
hizo música en sordina con esas cuerdas  
y murciélagos con voces de niños silbaron en la luz violeta  
y batieron sus alas y con las cabezas sumidas  
se deslizaron hacia el fondo de un agujero negro  
y vueltas al revés había en el aire torres,  
tañendo campanas reminiscentes que guardaban las horas  
y cantaban voces dentro de cisternas vacías y de pozos exhaustos.  
Volvamos a lo nuestro. A lo eterno.  
Al silencio profundo entre dos voces».

Por todo lo transcrito se verá qué es y cómo es esta poesía de Cambours Ocampo, poesía severa, asordinada, introvertida y anti-efectista, a la cual se pudieran buscar hermandades espirituales en la de Alberto Hidalgo, de José A. Hernández, de Max Jara, de B. Carrión, de Adalberto Varallanos, y algunos otros altos valores líricos de nuestra lengua. Poesía depurada y sobria, recogida en largas y dolorosas rodadas tendidas hacia lo más hondo del alma.—JUAN MARÍN.

EL MATRIMONIO PERFECTO, por *Th. H. van de Velde*.

El Dr. Th. H. van de Velde, exdirector de la Clínica Ginecológica de Haarlem, ha escrito, bajo el título «El Matrimonio Perfecto», un interesantísimo estudio sobre la fisiología y la técnica matrimoniales. Este valioso trabajo científico, que en Alemania ha alcanzado ya treinta y siete ediciones, ha sido en-